

# Presentación de *Bastardos del pensamiento* de Laura Klein

**Eduardo Grüner**

No sé exactamente cuánta gente hay reunida aquí esta noche. Juro que no los conté. Si pudiera elegir una exageración, me gustaría que fuesen 786 personas. Ese es el número exacto que resulta de multiplicar por tres la cifra 262. Y eso significaría que estarían aquí reunidos, un poco fantasmagóricamente es cierto, el triple de la totalidad de los primeros lectores de la Editorial La Letra Muerta. Mientras ustedes intentan extraer las conclusiones de este álgebra enigmática, permítanme ofrecerles alguna pistas. Beto Cortés, sin que esto le quiete o valiente, me informa que actualmente se editan en un solo año más libros que los que se editaron en todo el siglo XIX. Esto es, desde luego, un número virtualmente infinito, incontable. Pero, como ustedes saben, el infinito tiene –según desde dónde se lo mire– muy distintos grados de precisión. De modo semejante a lo que decía Borges de ese otro número *palindrómico* (por no decir, más prosaicamente, capicúa) que es el 1001 de “las mil y una noches”, de modo semejante, digo, 262 es un número al mismo tiempo exacto e infinito. Pero en ese caso, su infinitud no proviene de que sea un número incontable, sino que es un número estrictamente *descontable*. Quiero decir: esta primera tirada –como se dice, sugestivamente, en la jerga editorial–

es descontable, por ejemplo, de las mesas de librerías, que requieren la forma regular y los ángulos rectos que permiten simultáneamente el agrupamiento cuantitativo y el reconocimiento automático del diseño de la colección. Es *descontable*, también, de los estantes de cualquier biblioteca, que a partir de ahora deberán ser diseñados especialmente para contenerlos, y no al revés, como se hace habitualmente, que se diseñan los libros para que contengan a la biblioteca. Es *descontable*, una vez más, de la confortable lectura en el sillón, en el colectivo, en el tren o en el avión. Estos libros no se pueden leer mientras se fuma, mientras se bebe un whisky, mientras se meten los dedos en la nariz o mientras se hace distraídamente el amor: son libros que necesitan *las dos manos*, y posiblemente las rodillas y la entrepierna, ya sea para soportar su peso, para manipular su redondez o para sentir las cosquillas en los dedos.

El señor que les habla, pues, quisiera hablar al *respecto* ¿de qué cosa? Al respecto del *respecto* que le merece la imposible *descontabilidad* de una letra que, justamente por muerta, se descuenta del mundo de tantas letras (cada año todas las del siglo XIX, imagínense) que sólo viven en los números contables de la así llamada industria editorial. Ustedes habrán pensado, quizá, que al enumerar esas descontabilidades el señor que les habla se refería a la incomodidad formal y física que cada uno de estos 262 libros le causa a las mesas de las librerías o a los estantes de las bibliotecas. Pues bien, no. O mejor dicho: no formal, aunque tal vez sí física. En el sentido de que toda física tiene que tomar en cuenta –es decir tiene que descontar– las fuerzas activas o reactivas (como las llamaría Nietzsche) que hacen funcionar al universo. Las fuerzas, es decir, una *política* del movimiento de las cosas. Toda política tiene, por supuesto contenido y forma. Es decir: tiene un pensamiento y una estrategia, que es la expresión concreta –la puesta en acto– de su contenido pensado. Es, quiero decir, la que *corresponde* a la materia física de sus palabras. Eso es,

después de todo, la poesía, aunque no de todos los poetas se atrevan a decirlo: una estrategia política del disimulo, donde se finge construir una forma para no decir así, de golpe, que de lo que se trata es de la pura e indivisible *materia*. La política de La Letra Muerta se hace cargo sin disimulos de esa estrategia. Se hace cargo, digo, de su propio carácter *descontable* de las columnas del debe y el haber de la contabilidad editorial, tanto como de la comodidad de la lectura pre-visible. El señor que les habla se va a anima a decir que esta es una política *revolucionaria*, en el sentido en que Jacques Ranciere define como revolucionaria a la política que se hace con lo que toda teoría política tiene que *descontar* para poder existir, a saber, el movimiento imprevisible de las masas. Y si hablamos de masas, hablamos nuevamente de fuerzas, y de física. El contenido, pues, y no sólo la forma de la política de La Letra Muerta es inusualmente físico, material. Su política no es paródica, sino paradójica: no cuenta al revés la contabilidad del adversario, sino que se descuenta de todo número para que desde ahora no podamos dejar de contar con ella. No es una política vanguardista, sino prescindente: no pretende atentar contra el mercado, sino caer por su propio peso en algún lugar impredecible, misterioso. El resto, el que no sea silencioso, será el efecto de antemano impensable de las masas de fuerza que sepan bailar sobre la tumba de las letras. Por eso 262 es un número a la vez preciso e infinito. Porque no se puede comparar con otros números, de este siglo o del pasado, y porque aunque podría ser cualquier otro, aquí esta noche sólo podría ser ese.

Pero el señor que les habla todavía no dijo nada sobre aquél contenido material de estos libros ídem. Va a intentar hacerlo, ahora y en lo que sigue, con algunas ligeras metáforas filosóficas. “Bastardos del pensamiento”, de Laura Klein, es Parménides: un libro en el que la poesía quiere persistir en la dureza y la pesadez de su ser de hierro, sin falaces trascendencias que lo distraigan de su

presencia ante sí mismo. “Verano rojo”, de Liliana Herr, es Gianbattista Vico, y no puede ser casual –como se verá- que se me haya ocurrido un filósofo italiano, el filósofo de la *circularidad*, de los “corsi e ricorsi” de un tiempo que, de tanto volver sobre sí mismo, se hace espacio. “Textos fordistas”, de Beto Cortés, es Pascal: su espíritu de geometría esconde la tragedia de lo indecible, como aquel silencio de los espacios siderales que espantaba al francés.

Tomemos, con las dos manos, a Parménides: podríamos comprobar que al abrir las tapas del Ser, sus goznes metálicos quizá chirrían, protestan, pero con algún halago, se dejan: sin embargo, no confiemos. En el Ser que se entrega hay siempre algo de celada: volveremos al *respecto*. Adelantemos por ahora: es arriesgado –muy arriesgado, hay que decirlo- escribir la palabra “pensamiento” en el título de un libro de poesía. Es salirse del juego, descontarse, con un ademán desafiante, casi insultantemente aristocrático. Es como decir: basta de pelotudeces. Basta de psicología barata y corazones de goma: de lo que pasa por *sentimiento poético* en 90 de cada 102 libros publicados. Aquí, estimados 786 señoras y señores, aquí, indivisibles hipocráticos lectores que traéis preparado el diagnóstico de las patologías del alma, aquí, hermanos semejantes y semblantes, aquí se viene a pensar la dureza metálica, la materialidad corrupta de la Palabra. Aquí es donde la cabeza / la cabecita / la cabezota insiste en abrir la caja de hierro para liberar la materia enferma, para poner bajo un torniquete de luz a la prole inmunda –tan poco mundana- que saldrá de la cabeza / la cabecita / la cabezota. La prole inmunda, sí, que haga caer la hojalata de los buenos sentimientos, el miedo (y la resaca del miedo) a decir que la palabra es cuerpo y humores, que el pensamiento es materia orgánica y bastarda, que no es diferente ni va más allá de una riente en vertical, o de un día sin imagen. Estoy *citando*, como ustedes comprenderán, y lo seguiré haciendo. Pero es que jamás se me hubieran ocurrido estas palabras si no fuera por el hecho –que no

puede ser menos solitario- de que la caligrafía de Laura Klein arruina cualquier ilusión pequeñoburguesa de que la poesía nos ponga del lado inmaterial de los ángeles. No hay aquí ni siquiera el consuelo (digamos mejor: la coartada) de participar de la parte maldita que nos diera patente de vanguardia. O al menos de los ángeles oscuros de alguna filosofía erótica que construyera argumentos con la memoria de cuerpos que gozan a su pesar. *Pesar*, sí que lo hay, y ya lo dije: es el *peso* de una testa voluptuosa que desestima escribir a la memoria de ningún ángel. La memoria de un ángel sólo puede ser la materia del futuro, de lo que todavía está por escribirse. Pero es en este hierro del presente que Laura inscribe las letras que alguna vez podremos *leer*. Por ahora, deberemos conformarnos con prestar nuestras orejas. Acostumbrarlas, sí, a que en ellas fermente un sonido.